NOTAS

HUMANISMO DEL *ETHOS* ERÓTICO

*Lizbeth Sagols**

El hombre contemporáneo ha aprendido a leer la cara oculta y oscura de la condición humana y de la historia. Pero es tiempo de volver la lectura hacia las zonas luminosas de la humanitas.

J. González, *El ethos, destino del hombre*.

Juliana González es una filósofa mexicana que ha contribuido de forma decisiva al cultivo del humanismo y la ética. Su pensamiento se concentra en desentrañar el ‘misterio del hombre’: la fuerza o motor que hace del humano un ser peculiar en la naturaleza: capaz de realizar el ‘bien’: la creatividad y el ejercicio libre de su amor y su libertad, así como capaz del ‘mal’: la destrucción y violencia de la historia. A esta preocupación ha dedicado cuantiosos artículos y más de ocho libros, entre los que resaltan: *El malestar en la moral*, 1985, Joaquín Mortiz;

Ética y libertad, 1989, UNAM; *El ethos, destino del hombre*, 1996, FCE-UNAM; *El poder de eros*, 2000, Paidós-UNAM; y *Genoma y dignidad humana*, 2004, Barcelona, Anthropolos. Su obra ha sido objeto de múltiples reconocimientos nacionales: recientemente recibió el Premio Nacional de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía 2004. Ha merecido también el reconocimiento internacional: es miembro del Instituto Internacional de Filosofía, al cual han pertenecido y pertenecen filósofos tan destacados como Edmund Husserl, Karl Jaspers, Jean Paul Sartre, Paul Ricoeur, y de nuestro país: Eduardo Nicol, Fernando Salmerón y Luis Villoro.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Más que un tema particular, el humanismo es el *leit motiv* de la filosofía de Juliana González. En primer lugar, para ella, la filosofía —igual que para Eduardo Nicol— es vocación humana y humanizante. Se trata de conocer lo real y al hombre mismo con el objeto de crear vínculos pacíficos y amorosos a través del diálogo y la comprensión. La filosofía se asume, así, en tanto obra de paz, pues como afirma Nicol: sólo el *eros* es el fundamento del *logos*.¹

Además, en su filosofar Juliana González se ocupa de lo que más importa al hombre: la construcción de su ser libre desde su condición terrenal y contradictoria. Propone una reflexión ética que intenta responder a las necesidades actuales y, al mismo tiempo, intenta refundamentar el humanismo dando respuesta a las crisis por las que éste ha atravesado. Puede decirse que el problema que impulsa el pensamiento de esta filósofa mexicana reside en fundamentar el humanismo desde la conciencia contemporánea de la cara ‘oscura-luminosa’ del hombre.

Ella parte, ciertamente, del pensamiento de Nicol, pero recorre caminos propios, pues además de ver los momentos constructivos de la historia, analiza con rigor la sospecha y el desenmascaramiento de la

grandeza del hombre que llevan a cabo autores como Freud,² Nietzsche,³ Dostoyevski⁴ y Foucault.⁵ Su humanismo transita por los ‘bajos fondos’: por todo aquello que parece invalidar la autenticidad del afán humano de ‘elevación’. Asimismo, hace frente a ese gran quebranto de toda intención humanista que fue el nazismo⁶ y al olvido actual del humanismo impuesto por el imperio de la razón tecnológica.

Tan importante como la comprensión de las crisis, resulta para ella renovar la memoria de lo luminoso y excelso del hombre. Juliana González propone un humanismo que surge de una profunda conciencia histórica. Su reflexión tiene como fuentes principales el pensamiento griego y el renacentista. Pero no acude a estas fuentes con un afán erudito ni meramente historicista, sino para lograr un auténtico re-nacimiento de su legado esencial y entender, desde el presente, aquello que sigue vivo del pasado y que puede seguir significando para la actualidad. De los griegos retoma, básicamente, la com-

² Vid., principalmente: *El malestar en la moral*.

³ Vid., principalmente, *El héroe en el alma*, 1994, México, UNAM.

⁴ “El dilema del mal y la libertad: Dostoyevski”, en *Ética y libertad*.

⁵ *El ethos, destino del hombre*, p. 30.

⁶ “El problema del nazismo”, en *El poder de eros*.

¹ Nicol, *Metafísica de la expresión*, 1974, México, FCE, *passim*.

preensión del hombre como un ser contradictorio y capaz de excelencia o virtud y del Renacimiento, la idea de la dignidad y centralidad del ser humano en íntima interacción con todos los otros órdenes del ser. Reflexiona, entonces, a la vez, sobre la pérdida y el cultivo del humanismo.

En este intento de asumir simultáneamente la afirmación y la negación, el método adecuado para comprender al hombre es de naturaleza doble. Por un lado, el método tiene un aspecto teórico que consiste en la ‘dialéctica de la dialéctica’. Ésta no es una mera fórmula retórica, sino que se asume como la unión-separación de los contrarios de la cual nos habla ya Heráclito en el fragmento B 45: “Acople de tensiones el del mundo como en el arco y la lira.”⁷ Se trata de pensar las ‘tensiones sintéticas’ o las ‘síntesis tensas’, pensar al hombre en su complejidad, relatividad y movimiento, en su determinación y libertad, en su cuerpo y creatividad o ‘alma’, en su individualidad y comunidad, así como en todo el juego de contrarios que lo constituyen. Pero este aspecto teórico es incomprensible sin el aspecto teórico-existencial del método: la actitud valiente y confiada de la ‘esperanza trágica’ que permite incorporar los contrarios. Gracias a ésta

puede asumirse en profundidad lo ‘bajo’ del ser humano, su descenso e incluso las crisis por las que ha atravesado el humanismo. Conocer al hombre es ver su miseria y, de forma simultánea, tener esperanza y comprensión hacia él.

El humanismo florece ahí donde no se desespera del hombre a sabiendas de su precariedad. Florece como un saber trágico, propiamente ético: cuando la gloria del hombre no hace olvidar la piedad por [él], por su descenso, su inercia y su enajenación.⁸

Lo esencial del ser humano se revela gracias la mirada ético-ontológica, una mirada que va a la raíz de la complejidad humana y su necesidad de valorar y adquirir definición existencial. Juliana González caracteriza al humanismo, en principio, como el “reencuentro del hombre con lo humano: con la *areté* o virtud [...] donde quiera que ésta se exprese, el reencuentro con [el] *ethos* destino”. Lo caracteriza, pues, como el cultivo de la *excelencia* humana en su condición ética, valorativa y generadora de un *ethos*, un *carácter* o una definición existencial (*hormé*). El humanismo coincide, así, con la ética.

⁷ Vid., *Ética y libertad y El poder de eros*.

⁸ *El ethos, destino del hombre*, p. 40.

En *El ethos destino del hombre* (1996) la *humanitas*, la *magna vis* del hombre —según la expresión de Cicerón: lo propio y distintivo de nuestro ser, se comprende en dos niveles íntimamente relacionados: a) el ontológico, radicalidad (que toma en cuenta todas las formas de ser) conformado por la contradicción y ambigüedad básica constitutiva de la indeterminación o libertad: la posibilidad de ascenso y descenso, de construcción y destrucción, de ‘bien’ y ‘mal’. En este nivel, el hombre es —como decía Sófocles— *deinóteron*: objeto de maravilla y de terror, todo lo grande y todo lo bajo se da en él. Por naturaleza, el hombre puede ser tanto lo uno como lo otro y dependerá de su esfuerzo lo que quiera ser. A diferencia de todos los otros seres del universo, el humano se hace a sí mismo a partir de esta ambigüedad constitutiva.

Al mismo tiempo, se da ya aquí el b) nivel axiológico: las alternativas no son indiferentes, están calificadas, entrañan un valor, de tal modo que, en sentido estricto, la *humanitas* reside en el ascenso y la construcción. Lo propio del hombre es el afán de crecimiento y creatividad: la posibilidad de trascender la ambigüedad o contradicción y construirse un *ethos*, un ‘rostro propio’ que lo caracterice. Lo auténticamente humano es la creación de una ‘segunda

naturaleza’ de acuerdo a lo que vale más respecto de lo que vale menos. Pero ello no se entiende sin la alternativa o indeterminación básica, ya que si ésta no existiera, el ser humano estaría determinado al crecimiento y su existencia no sería objeto de esfuerzo personal ni tampoco susceptible de mérito o demérito. El humanismo está pues, íntimamente relacionado con el *ethos*.

Humanismo y ética constituyen, en realidad, una unidad esencialmente indisoluble. El humanismo es ante todo una concepción ética. Lleva implícito, en efecto, un saber profundo del ser humano, en el cual cabe fundar el mundo del valor [alternativa o preferencia] en general.⁹

Pero es necesario advertir que el nivel ontológico y el axiológico pertenecen por igual a la naturaleza humana y al *ethos*. Éstos son, a la vez, ambivalentes y cualificados; ninguno se entiende sin la posibilidad de ser o no ser: de realizarse o negarse, y, al mismo tiempo, tampoco se entienden sin la tendencia al ser, a la realización y el cumplimiento de la excelencia.

En el primer nivel (ontológico), todo hombre es humano y ético, cualquiera que sea el modo en que conduzca su vida: tanto quien realiza

⁹ *El ethos, destino del hombre*, p. 17.

el crimen, la violencia, el odio, la inconsistencia ética, el empequeñecimiento existencial, como quien se esfuerza por los vínculos de paz, quien busca la fuerza del amor y del auténtico *ethos*. Pero en el segundo nivel (axiológico o valorativo), sólo es auténticamente humano y ético quien se esfuerza por lo ‘mejor’, por el desarrollo de sus potencialidades constructivas y de ascenso. Sólo en este último nivel aparece el esfuerzo de humanización que da lugar al *homo humanus* –según lo denomina Juliana González.

Hay entonces una diferencia, una distancia cualitativa decisiva entre el hombre creativo y ético y el destructor y violento. La diferencia estriba entre lo *auténtico* y lo *inauténtico*, entre la humanización y la falta de ella, entre la creación de una ‘segunda naturaleza’, producto del esfuerzo, y el mero estado de naturaleza ambiguo e indiferente, en el que todo parece posible. El hombre auténtico, el *homo humanus*, se caracteriza por el movimiento infinito, el esfuerzo constante, la *actividad* tendiente hacia la definición y creación de un *carácter*.

Sin embargo, esta diferencia no da lugar a una ruptura o una ajenidad entre los hombres. Si bien hay extremos en la existencia, nada rompe la unidad fundamental entre los seres humanos. Los dos niveles de la natu-

raleza humana están siempre presentes en cualquier individuo. Siempre es posible descender a las formas inauténticas de humanización y viceversa, también es posible nacer a la autenticidad. Es central en el humanismo de Juliana González (igual que en el de Nicol) la sentencia latina: “Hombre soy y nada humano me es ajeno o indiferente.”¹⁰

Pero si algo caracteriza al humanismo de esta filósofa es la íntima unión del *ethos* con el *eros*. En su filosofía se da en realidad una coincidencia de *anthropos*, *ethos* y *eros*. Y es que este último explica, a fin de cuentas, la tendencia hacia lo ‘alto’ y lo ‘bajo’ así como hacia la unión interhumana básica y la separación entre los hombres. A través de diversos y profundos análisis de *El banquete* y el *Fedro* de Platón, expuestos en distintos momentos de su obra, ella afirma que *en tanto eros* es –según los mitos de los ‘seres dobles’¹¹ y de ‘Poros y Penia’¹²: corte y plenitud, lleno y vacío o carencia, ser y no-ser, el *eros* da razón de todo movimiento o actividad humana.¹³ *Eros* no sólo es

¹⁰ *Ibid.*, p. 24.

¹¹ Narrado por Aristófanes en *El banquete*.

¹² Narrado por Sócrates también en *El banquete*.

¹³ *Vid.*, “Eros y ethos: Platón”, en *Ética y libertad*, también: “La condición ética del hombre en el *Fedro* platónico” y “Eros y tánatos, pulsiones de la vida ética”, en *El ethos, destino del hombre* y sobre todo *El poder del eros, passim*.

posibilidad de movimiento hacia el ascenso o el descenso, sino también hacia los vínculos amorosos y de violencia entre los hombres.

Como afirma Platón en *El banquete*, la plenitud, el ser, consiste, por un lado, en recobrar la unión con el objeto de conocimiento (las Ideas) y, por el otro, en recobrar aquella unidad originaria en la que dos seres estaban íntimamente unidos. A todo ser humano le falta *el otro* para ser. Ésta es una condición universal que nos impele a la unión y la comunicación. Ningún hombre es suficiente por sí mismo. Por el contrario, nuestra condición carente hace que necesitemos del *otro* (el *alter*, el diferente) y que de forma simultánea, cada uno de nosotros lleve la *alteridad* en su ser: somos otro respecto de nosotros mismos. Cada individuo es de hecho dos, lleva en sí su contrario como posibilidad siempre presente: (somos ‘buenos’ y ‘malos’, sanos y enfermos, felices e infelices, vivos y muertos –como también decía Heráclito). Por esto siempre necesitamos al diferente, porque nunca somos idénticos: somos un ‘yo’ y un ‘tú’ al mismo tiempo. Así, existe una hermandad básica originaria, por la cual somos iguales y diferentes, respecto de nuestra propia persona y respecto de la del *otro*.

El *ethos*, por su parte, no es –por supuesto– sólo construcción de sí

mismo en el ascenso o descenso, sino que conlleva también la comunicación, la relación con el *otro*, pues es, entre muchos otros hechos: “forma de estar ante el mundo y ante los *otros*: forma de *relación* (de ‘recibir’ y de ‘dar’)”.¹⁴ Somos éticos porque existen *otros*. Sin embargo, advierte Juliana González, el *eros* es el fundamento último del *ethos*.¹⁵ La alternativa básica entre ascenso o descenso, unión o separación, sólo puede explicarse por ese impulso *terrenal, vital e incluso pasional* que es el *eros*. Es éste el que nos mueve hacia uno o hacia otro extremo. Más aún, la cualificación de ambos como realización auténtica o inauténtica, como ‘mejor’ o ‘peor’, proviene también de *eros*, pues éste conlleva en su impulso el *poder peculiar de apropiarse de sí*, de hacer memoria, de tomar conciencia y reconocer lo que le es legítimo o auténtico, así como el poder de cuidar de sí mismo. *Eros* tiene el poder de entusiasmarse con su condición de impulso o movimiento y reconocer que el movimiento adecuado para el hombre es la ‘elevación’ o la mejoría; tiene el poder –tal y como afirma Platón en el *Fedro*– de convertirse en ‘alado’, despegar el vuelo hacia la excelen-

¹⁴ *El ethos, destino del hombre*, p. 10.

¹⁵ *Vid.*, *El poder de eros*.

cia o perfección y reconocer al *logos* como auriga.

El *eros* auténtico se transforma en *philia*, en impulso creativo de unión, pasional y racional, capaz de desbordamiento y equilibrio; consiste en el *automovimiento del hombre* en el que se integran todas sus facultades y se busca el equilibrio entre los contrarios, la *consiliatio oppositorum*. Así, el *eros* funda la ética y el humanismo, porque conlleva la creatividad, la superación de sí, la creación de la ‘segunda naturaleza’, la trascendencia siempre renovada de la ambigüedad entre ‘arriba’ y ‘abajo’ y por esto conlleva también la plenitud.

En el fondo, es gracias a *eros* que el hombre tiene una naturaleza contradictoria: racional e irracional, cuerpo y ‘alma’, determinación y libertad, tendencia hacia el ‘bien’ y hacia el ‘mal’, es individual y comunitario, es mismo y es otro respecto de sí. Pero a la vez, es también gracias al poder de *eros* que el ser humano busca trascender la contradicción, hacerse un *ethos* o carácter, crearse una ‘segunda naturaleza’ y tender hacia los valores, humanizarse en sentido estricto. La última palabra respecto del hombre la tiene la actividad de la *philia*.

¿Y qué es *anthropos* respecto de *eros* y *ethos*? No puede ser en modo alguno, el efecto pasivo de unas fuerzas que, aunque propias, simplemen-

te lo mueven. *Anthropos* es, a la vez, producto y productor, es fundado y autofundante, pues sin su libertad, sin su decisión para la actividad y el esfuerzo, no se da el auténtico impulso amoroso y ético. Es *anthropos* quien conteniendo –por así decirlo– las semillas de *eros* y *ethos*, está llamado al mismo tiempo a cuidarlas, alimentarlas y hacerlas procrear. El hombre es nada menos que ‘hijo’ y ‘padre’ de su propio amor y de su actividad ética.¹⁶

Y no se trata en el fondo más que de distintos nombres de la libertad. *Eros* y *ethos* hablan de la alternativa básica por la cual nos humanizamos o deshumanizamos. Hay una insistencia en la obra de Juliana González en pensar al hombre desde su libertad, pues ésta es la clave de la dignidad humana. Lo específico del hombre es que tiene que construirse a sí mismo, Ningún otro ente del universo se gana el ser con sus actos. Junto con Hegel, Juliana González piensa que “ser libre no es nada, devenir libre lo es todo”.¹⁷ En el esfuerzo de este movimiento encontramos la altura y distinción de la existencia. Y la liga entre *anthropos*, *eros* y *ethos*, no expresa en realidad

¹⁶ Se trata aquí de la extensión de una idea que aparece en el Prólogo de *El ethos, destino del hombre*, p. 11.

¹⁷ Hegel, *Fenomenología del espíritu*, cita por J. González en el inicio de *Ética y libertad*.

otro hecho más que el paso de la condición libre y abierta, a la conquista de una auténtica libertad creativa ética y amorosa.

Pero afirmar la libertad implica, para esta filósofa mexicana, admitir las múltiples condiciones que determinan al hombre y que hacen de sus características algo relativo y no absoluto. Así, incursiona en las determinaciones psicológicas en un amplio y profundo estudio sobre Freud,¹⁸ también analiza con detenimiento las determinaciones genéticas y biológicas a la luz de los últimos conocimientos sobre el genoma humano.¹⁹ Pero ella pone todo su empeño en demostrar que en la misma medida en que la libertad no es absoluta, tampoco lo son las determinaciones y que el hombre cuenta siempre con el poder de la *iniciativa*, de la autogeneración, de hacer efectiva la *dignidad* que le confiere su condición libre. Por más fuertes que sean las limitaciones del inconciente y de la propia constitución genética, el hombre está llamado a hacerse a sí mismo, a realizar su *ethos* erótico, su libertad creadora y así habitar la Tierra en íntima relación con todos los seres que hay en ella, imprimiendo el sello de su autodeterminación, de su cuidado y su amor.

El hombre es un ser determinado porque está vinculado con todo lo diferente de sí. Él es, ciertamente, el centro del universo —como se pone de manifiesto en el Renacimiento— porque puede moverse en la escala del ser: puede ser ‘menos’ o ‘más’ humano, puede desarrollar sus fuerzas propias o disminuirlas. Asimismo, puede afirmar la unión con todo lo que no es él mismo (el reino meramente material, el meramente biológico y el ámbito entero de lo divino). Su centralidad consiste en su poder transformador,²⁰ vinculante y significativo: nunca en una superioridad que autorice el exterminio de otras especies y el consumo irrestricto de los bienes naturales y materiales. Por su parte, la relación con lo divino, la estricta religiosidad, no se cancela en modo alguno, pues la centralidad del hombre no niega la humildad y el reconocimiento de los límites humanos frente a la posible existencia de un ser superior. Simplemente, Dios (o los dioses) no es el eje rector de la hermandad interhumana ni es tampoco la garantía de los valores y de la búsqueda de ‘elevación’. El eje de todo esto está en la propia naturaleza del hombre, en el esfuerzo renovado de

¹⁸ Vid., *El malestar en la moral*.

¹⁹ Vid., *Genoma y dignidad humana*, Anthropos (en prensa).

²⁰ La centralidad del hombre —afirma Juliana González— no es estática sino móvil. Vid., *El ethos, destino del hombre*, p. 20-2.

cada individuo por conquistar la humanización.²¹

Juliana González encuentra, así, el fundamento del humanismo en la Tierra. En su filosofía, el hombre y la humanización sólo pueden explicarse de ‘abajo hacia arriba’, desde lo material, concreto y relativo, desde la Tierra hacia la ‘elevación’ dentro de ésta, pues el humanismo, según se puso de manifiesto en el Renacimiento y ya antes en los griegos (y los romanos), es siempre afán de inmanencia:²² afirmación plena del

hombre y confianza en su propia fuerza.

Se trata en suma, de un humanismo que intenta responder a la actualidad, que mira el claro-oscuro del ser humano, que va a lo concreto y deja a un lado las pretensiones absolutistas a fin de llegar, a través del esfuerzo del pensar, al afán humanizante que habita en todo hombre, a fin de fecundar con la fe y pasión por la filosofía la síntesis entre *eros-ethos-antropos*: eje del corazón humano.

²¹ Esta idea está en distintos pasajes de la obra de Juliana González, pero puede verse, en especial en el capítulo “Ética y humanismo” de *El ethos, destino del hombre*.

²² *Vid.*, F. Savater, *Humanismo impenitente*, 1990, Barcelona, Anagrama.